

Independientes y transfugas: ¿hay espacio para candidatos no partidistas en el nivel nacional?

Andrés Dávila L.¹

La ponencia que aquí se desarrolla centra su atención en un aspecto aparentemente inocuo y poco atendido, a la fecha, por los estudios políticos, partidistas y electorales recientes. En efecto, intenta examinar la lógica que está detrás de una categoría novedosa de políticos de alcance nacional que han jugado un rol importante en la contienda electoral de los últimos quince años, a la vez que por sus aciertos y errores han ocupado desde posiciones centrales en la escena política nacional, hasta lamentables posiciones de malos perdedores frente a sus equívocas decisiones.

El propósito central está en indagar por aquellos actores políticos externos, en principio, al sistema político, sus trayectorias, sus lógicas de incursión en la arena política y electoral, sus mecanismos de agregación de intereses y, sobre todo, su práctica continuada de subversión del entramado político sin ser objeto de los cuestionamientos, retaliaciones, persecución y juzgamiento y condena de que han sido objeto los insiders, políticos profesionales o caudillos políticos o caciques clientelistas, o los outsiders, narcotraficantes y paramilitares que han sido considerados como delincuentes, corruptos y traficantes de la política colombiana.

En este ejercicio de artesanía política, se intenta ahondar en las lógicas y dinámicas acompañadas de maniobras y discursos políticos y antipolíticos que, paradójicamente, gozan de recepción, reconocimiento y aceptación por importantes medios de comunicación y por sectores influyentes en la opinión pública. De allí, los resultados exitosos en el ámbito electoral, acompañados eventualmente por gestiones de gobierno reconocidas y valoradas, en general, por su aparente distancia de la corrupción, pero con efectos de corrosión sobre el sistema político y, en particular, sobre el sistema de partidos.

El desarrollo del ejercicio ha obligado a dar un lugar a dos casos particularmente relevantes en relación con la temática que se quiere trabajar. Estos son los de Álvaro Uribe Vélez y Juan Manuel Santos Calderón.

La cuestión de fondo que se quiere plantear tiene que ver con un balance no realizado del papel jugado por estas figuras que en definitiva catalogaremos como de la antipolítica, su tendencia a un transfuguismo curiosamente no detectado ni cuestionado por analistas, opinadores y críticos, con un enorme impacto sobre las posibilidades de consolidar el sistema de partidos generado por el cambio en las reglas de juego electorales. Es, en tal sentido, una mirada desde otro ángulo a los obstáculos para la consolidación de un nuevo sistema de partidos en Colombia. Asunto que, en la

¹ Politólogo de la Universidad de los Andes, maestro y doctor en Ciencias Sociales de la Flacso, sede académica de México. Actualmente es profesor asociado de la Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales de la Pontificia Universidad Javeriana.

perspectiva regional, resulta llamativo por las señales existentes de una creciente dificultad para mantener la vigencia partidista como mecanismo distintivo del sistema político colombiano y el aparente auge de liderazgos políticos personalistas (que se mueven desde el caudillismo hasta imágenes de corte más tecnocrático) que, cuando menos, impiden la consolidación de un nuevo sistema de partidos y la profundización y permanencia de las reglas que lo acompañan. Situación en la cual, sin que se planteen alternativas claras, partidistas o no partidistas, de un determinado tipo de liderazgo que prevalezca, lo que si se consigue es fracturar nexos claves en la interacción y en los distintos niveles de ejercicio político, aumentando el carácter confuso, paradójico, contradictorio y, en últimas, poco democrático de operación del sistema político. Para ello, parece pertinente iniciarel ejercicio con una revisión del tránsito del bipartidismo –histórico, tradicional- a un nuevo o, al menos, diferente sistema de partidos. Se hace luego un recuento de algunas trayectorias que, a la vez que nos muestran diversas participaciones y distintos desenlaces, pueden servir para tratar de señalar los elementos distintivos del transfuguismo colombiano reciente. Se revisan, después, los casos de mandos medios del transfuguismo, para examinar otras derivaciones del fenómeno. Y se cierra con un intento de balance y conclusiones en perspectiva comparada.

1. *Del bipartidismo a un nuevo sistema de partidos*

Colombia fue, durante casi un siglo y medio un ejemplo, para bien y para mal, de un sistema bipartidista perfecto. Aún más, a finales de los años noventa se le reconocía como el ejemplo de bipartidismo más resistente en la región y, en algunos análisis, a nivel mundial. No obstante, tanto el faccionalismo derivado del arreglo frentenacionalista (al trasladar la competencia electoral del ámbito interpartidista al ámbito intrapartidista), como los cambios en el diseño institucional introducidos en la Constitución de 1991 habían hecho mella en el arreglo bipartidista, especialmente por la incertidumbre en los resultados, por el alto nivel de competencia dentro de las facciones, por la ruptura entre la eficacia y el alcance de las prácticas de intermediación política tradicionales y los éxitos esporádicos pero no despreciables de aquellos que, desde una dinámica de aprovechamiento del cruce entre la antipolítica y los nexos con facciones partidistas tradicionales pero en transformación, obtuvieron triunfos importantes en lo local y regional o, cuando menos, una figuración pública regional y nacional relevante. El aumento significativo en el número de listas para corporaciones públicas, la pérdida paulatina de control y monopolio de la arena política por parte de los dos partidos tradicionales, sus facciones y sus líderes tradicionales, fueron generando una sensación de incertidumbre, caos e ingobernabilidad, que se mezcló con la compleja situación del conflicto armado y la crisis económica que afectó al país a finales del siglo XX².

² Sobre el sistema bipartidista y su crisis véase Francisco Gutiérrez (editor), *¿Degradación o cambio?:* , Bogotá, Norma, 2002, Francisco Gutiérrez, *Lo que el viento se llevó:* , Bogotá, Norma, 2004. Sobre la antesala de la reforma y la situación política que conduce al cambio en el sistema de partidos véase Gary Hoskin, y Santiago Castro, *Del dicho al hecho: reformas políticas y sistema de partidos en Colombia 2002-2010*, Bogotá, Politécnico Grancolombiano, en imprenta (2013), cap. 1.

En ese contexto, desde diversos ángulos aparecieron figuras y movimientos que se aprovecharon de la crisis en ciernes. Antanas Mockus y Enrique Peñalosa en el entorno de la capital del país, Ingrid Betancur, con su pragmática y cínica adhesión y rechazo a la política y a los partidos, Noemí Sanín, el propio Antanas y Carlos Lleras de la Fuente en el entorno de una fallida tercería en la cerrada contienda del año 1998. Y el propio Andrés Pastrana que, al igual que sus congéneres conservadores, llegó al poder con y sin el partido. Por no mencionar figuras aún más difíciles de catalogar como Carlos Moreno de Caro. Y sin olvidar al más connotado de todos los tráfugas, en tanto se encargó, por sí mismo y por interpuesta persona, de dinamitar el bipartidismo y enviar a un opaco ostracismo a los flacos sobrevivientes del que había sido su partido Liberal.

Ahora bien, este panorama nos habla de 1998 y un escenario político que, en general, estaba todavía atado al bipartidismo. Desde el gobierno de Ernesto Samper, pero también durante el gobierno de Andrés Pastrana comenzaron los diagnósticos. La principal idea en tales ejercicios constituía una mezcla de moralismo e ingeniería política sin contexto y sin historia. Instancias de mucha influencia como Fedesarrollo a nivel nacional³ comenzaron a proponer fórmulas para reagrupar y ordenar el desorden. Ahora bien, nunca se preocuparon por entender cómo, en realidad, operaban los actores políticos. La fácil idea de las microempresas electorales tomó vuelo y desde allí se formularon las soluciones. Entre 1999 y 2002, de manera un tanto contingente y equívoca, se terminó de cocinar la reforma política de 2003. Otros renombrados politólogos, como el profesor Shuggart, estuvieron como consultores y conocieron, diagnosticaron, recomendaron y aportaron en la configuración de la propuesta que la clase política finalmente discutió. Esta, paradójicamente, fue resultado de la iniciativa parlamentaria exclusivamente, pues el gobierno Uribe I y el propio presidente no quisieron manchar su abigarrado referendo con un toque de coqueta politiquería.

En cualquier caso y de manera un tanto paradójica, tanto los *outsiders* como los *insiders* terminaron por coincidir en un propósito cargado de desmemoria: había que introducir orden en un sistema permeado por el caos, por una competencia abierta y desordenada que trastocaba con enorme facilidad facciones y liderazgos que bajo las reglas previamente existentes tardaban décadas en construirse, consolidarse y desaparecer. Por ello, el sistema electoral presentaba síntomas inequívocos de desgaste y de configuración de efectos que parecían no coincidir, o al menos no en lo fundamental, con lo que la teoría y el deber ser indicaban. Para señalar solo dos rasgos, la doble vuelta presidencial y la posibilidad de candidatizarse con el apoyo de un determinado número de firmas, terminó por horadar el predominio histórico del bipartidismo, tal y como se evidenció, desarrolló y consolidó con la elección de Álvaro Uribe Vélez por fuera y en contra del entorno propicio a las dos colectividades tradicionales. De igual forma, la proliferación de listas en las elecciones de cuerpos colegiados condujo a una perversión del sistema más proporcional de los sistemas proporcionales, en tanto los candidatos y sus facciones partidistas le

³ Primero fue la Misión para la Reforma Política durante el gobierno de Ernesto Samper (véase Castro, *Del dicho: ...*), luego, hacia el año 2000 la Misión Alesina, en la cual participaron varios expertos en la perspectiva de un análisis neoinstitucional de la problemática social, política y económica vigente en Colombia.

apuntaban a un mínimo de curules por residuo, desentendiéndose del cociente como primera alternativa. Frente a este panorama, y en un marco de reformismo a ultranza, la reforma política igualó a los tradicionales y a los antipolíticos en el consenso sobre la reforma del 2003, aunque desde orillas diferentes. Con seguridad, un examen de las argumentaciones expuestas por unos y otros mostraría un interesante caso de mimesis.

Es decir, una curiosa homogeneidad en el discurso, los intereses y las posiciones tanto de los políticos tradicionales adscritos al bipartidismo o en tránsito por las huestes uribistas, todavía sin referencia partidista, y los antipolíticos declarados, que surtían un extraño proceso de simbiosis con el gobernante electo y su gobierno del orden y la seguridad.

El resultado, como es ya conocido, estableció de entrada tres modificaciones relevantes. En primer lugar, modificó el sistema electoral para la distribución de las curules. En efecto, dejó a un lado el sistema de cociente y residuo: la cuota Hare, utilizado durante prácticamente todo el siglo XX; para dar paso a la cifra repartidora o método D'hont, reconocido por ser un sistema menos proporcional que el anterior, dado que premia a los partidos con mayores votaciones. En cualquier caso, no dejaba de ser paradójico que luego de la reacción movimientista y sin requisitos que se plasmó en la Constitución de 1991 en la contienda electoral, la respuesta fuera en la vía de agregar y agrupar en torno a los partidos más fuertes. Tal reacción resultaba entendible por el carácter caótico de la competencia entre facciones y listas que sólo peleaban por los mayores residuos, pero era claro que en cualquier caso y con el paso del tiempo la apertura del sistema se vería afectada. Lo que terminó de marcar el carácter paradójico fue el hecho de que la puesta en marcha de la reforma coincidiera históricamente con el primer momento en que electoralmente los dos partidos tradicionales obtuvieron resultados que, en conjunto, no alcanzaban al 50 por ciento de las votaciones, a la vez que se delineaba con claridad un sistema multipartidista real, si se atiende tanto al número de agrupaciones que obtuvieron curules, como a la medición provista por el Número Efectivo de Partidos⁴.

En segundo lugar, se dio cabida a las listas por partidos, con carácter obligatorio, como una forma de evitar la proliferación caótica de listas y facciones partidistas, movimientistas, antipolíticas. No obstante, en un ejercicio de sensatez política, se dejó abierta la posibilidad de que los partidos escogieran entre inscribir listas cerradas con un orden predeterminado por el partido para la asignación de las curules de acuerdo con los votos obtenidos; y la alternativa del voto preferente que conservaba algo del sistema anterior de listas y facciones, pero encapsulado y controlado por el manto partidista como referente obligado.

En tercer lugar, se fijó un umbral manejable tanto para la circunscripción nacional como para las circunscripciones regionales, pero se dejó planteado un paulatino incremento del mismo, una vez

⁴ Las explicaciones en torno a esto han sido diversas. Véase Holguín, “ ”, en y Castro, *Del dicho...*, entre varias explicaciones.

los partidos se fueran fortaleciendo y organizando en la contienda electoral, proceso que se consideró debería estar listo para 2014.

Bajo estos términos, Colombia pasó de un histórico y tradicional bipartidismo, a un multipartidismo claro, de 4 a 6 partidos vigentes en lo nacional, como se ha hecho evidente después de 2010, pero en el marco de unas reglas de juego que apuntan como tendencia al bipartidismo, aunque dejan un espacio para, paulatina y moderadamente, permitir la mayor regulación y disciplinamiento de los candidatos dentro de los marcos partidistas existentes.

Entre 2003 y 2013, se ha asistido a la configuración de ese sistema con un claro predominio de los partidos creados en torno o en relación con el ascenso al poder de Álvaro Uribe Vélez en 2002, pero tanto el Partido Conservador, por su cercanía al gobierno, como el Partido Liberal, han sobrevivido medianamente bien y en medio de las letanías de quienes han querido enterrarlos desde hace ya varias décadas.

En lo que sigue, se trata de examinar las diversas trayectorias seguidas por los independientes, antipolíticos, tráfugas de profesión, en su interesante, contradictoria, trágica y risible interacción con el sistema político y de partidos, y con los cambios a que estos fueron sometidos. De nuevo, la inquietud está en establecer los efectos y los impactos que sobre estas trayectorias tuvieron los cambios introducidos por la reforma electoral de 2003 y, a su vez, los impactos que tales trayectorias han tenido en la consolidación del sistema de partidos derivado de la reforma.

2. Antipolíticos, independientes, tráfugas (y ególatras)

Algunos antecedentes

Hasta antes de la Constitución de 1991 los candidatos no bipartidistas tuvieron fundamentalmente un camino para tener presencia en la vida electoral y partidista: formar parte de las frágiles y difíciles coaliciones de la izquierda o sumarse a alguna de las disidencias que con algún peso lograban tener presencia en una (y solo una) elección: tal fue la historia del MRL, la Anapo y el Nuevo Liberalismo. Y en el caso de la izquierda, lo común fue pelear por mantenerse en el 4 o 5 por ciento de los votos en las elecciones de alcance nacional. Las elecciones presidenciales, no obstante, permitieron alguna mayor presencia de candidatos, pero muchos de ellos no pasaban de ser figuras decorativas o que, por lo gracioso de sus posiciones, llenaron más bien el anecdotario amable de la política colombiana. Tal vez el caso más recordado es el de Goyeneche, eterno candidato presidencial que, al igual que los recientes ministros de transporte, nunca pudo cumplir su doble propuesta de pavimentar el río Magdalena para hacerlo más fácilmente transitable, pero tampoco cubrir con una gran marquesina a Bogotá debido a su alto nivel de pluviosidad.

Como un presagio de lo que sucedería después, las elecciones de 1990, luego del asesinato de tres precandidatos y candidatos presidenciales, dio lugar a una simpática, dentro de un contexto trágico, proliferación de candidatos presidenciales, entre los cuáles se recuerda al cantante de

cumbias Mario Gareña. Al final, aquella elección se caracterizaría por el triunfo del partido Liberal en una contienda con mucha abstención, el ascenso de un movimiento bipartidista, el MSN, la derrota franca y preocupante del entonces partido Social Conservador y el hasta entonces mejor resultado de un movimiento de izquierda, la AD M-19, que recogía al recientemente desmovilizado M-19.

Para 1994, la elección presidencial permitiría estrenar la doble vuelta con, además, un muy reñido resultado que favoreció a Ernesto Samper, pero paradójicamente el alto nivel de competencia entre éste y Andrés Pastrana sacó de juego tanto al MSN como al candidato de la AD M-19, movimientos que en las elecciones de 1990 y en las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente, obtuvieron resultados muy destacados. En el nivel nacional presidencial, entonces, no hubo espacio para tercerías y sí para una reconcentración de los votos en los representantes de los dos partidos tradicionales, así Pastrana lo hiciera a nombre de la Nueva Fuerza Democrática.

El surgimiento exitoso de los independientes y antipolíticos tendría lugar, entonces, en la lucha por la alcaldía de Bogotá a finales de 1994. Luego de dos gobiernos liberales, el de Juan Martín Caicedo y el de Jaime Castro, Antanas Mockus se convirtió en el alcalde de la ciudad. Se le perdonaron, entonces, sus gestos de ruptura y se reconocieron sus aportes a la cultura ciudadana con la cebrá, los mimos, la pirinola. Y su renuncia para lanzarse a la candidatura presidencial en 1998, facilitó el triunfo de un tradicional candidato del partido Liberal en 1997, Enrique Peñalosa que, sin embargo, accedió a la alcaldía renegando y tomando distancia, de manera explícita, de su partido. Bogotá, entonces, se constituyó en un lugar propicio para la derrota bipartidista, inicialmente en manos de candidatos que posaron o fueron en efecto independientes y antipolíticos.

El ejemplo de Bogotá y el contexto previo a la elección presidencial de 1998 permitió un primer intento por generar una tercería exitosa desde el ámbito no bipartidista. Como se indicó antes, Noemí Sanín, Carlos Lleras de la Fuente, Antanas Mockus y Alfonso Valdivieso convergieron y consensuaron un mecanismo para definir cuál sería el candidato de la tercería, que competiría abiertamente con los dos candidatos del bipartidismo: Horacio Serpa y, de nuevo, Andrés Pastrana. Noemí Sanín se impuso sobre sus contendientes en la tercería y fue la candidata independiente o antipolítica que, con un claro ascendiente conservador y con una participación en gobiernos de presidentes liberales y conservadores, intentó prefigurar una ruptura en el entonces exitoso monopolio bipartidista. Su desempeño en primera vuelta sorprendió, pero no alcanzó para pasar a segunda vuelta. Los miembros de la tercería respetaron las reglas de juego, pero terminadas las elecciones cada uno siguió su camino. Antanas Mockus volvió a lanzarse para la alcaldía de Bogotá y de nuevo triunfo en el año 2000. Entre tanto, Álvaro Uribe Vélez, luego de ser gobernador de Antioquia por el partido Liberal hasta diciembre de 1997, se retiró y alejó del país para volver meses antes de las elecciones de 2002 y lanzar su candidatura a la presidencia como independiente (por el Movimiento Primero Colombia) en 2002. Para ese mismo año, el partido Liberal insistió en Horacio Serpa por segunda vez, el Polo Democrático se la jugó con Lucho Garzón y el partido Conservador, muy desteñido, dejó prácticamente solo a Juan Camilo Restrepo quien

finalmente declinó su candidatura. Noemí Sanín, excluida del gobierno de Andrés Pastrana, retomó su movimiento independiente y se lanzó a una campaña en la cual quería repetir y mejorar el desempeño de 1998. Ingrid Betancur, excandidata a la presidencia, vivió estas elecciones desde el cruel secuestro al que fue sometida⁵.

Dentro de las reglas de apertura del sistema, instauradas en 1991, en 2002 ganó por primera vez en primera vuelta el candidato de ascendencia liberal que se presentó a nombre de un movimiento, Álvaro Uribe Vélez. El triunfo contundente implicó la primera derrota clara del bipartidismo en ese nivel y el presidente se encargó de conformar una coalición que incluyó, en posición siempre subordinada pero premiada con ministerios y otros cargos, al partido Conservador, pero que excluyó tajantemente al oficialismo liberal. Ello no impidió sumar a la coalición a un sinnúmero de exitosos y fracasados políticos liberales que se unieron al bus triunfalista y arrasador del uribismo. La izquierda tardó tiempo en recomodarse, en parte por los efectos de derechización derivados del fracaso de las negociaciones de paz en El Caguán. Noemí, por su parte, vio como un gran número de sus cuadros de campaña pasaron a ocupar cargos en el nuevo gobierno (al igual que varios de los altos funcionarios de Bogotá que tuvieron continuidad en la sucesión Mockus-Peñalosa-Mockus). Ella misma, al igual que el derrotado Horacio Serpa, terminaron por formar parte del gobierno Uribe y fue la propia Noemí quien abrió las puertas a la primera reelección. Uribe, sin prisa, pero sin pausa, mantuvo una férrea coalición ganadora, aun cuando para el final de su segundo mandato, había ya roto de manera clara con uno de sus primeros aliados, Germán Vargas Lleras y su movimiento Cambio Radical.

Como puede verse, entre 1990 y 2002 se afianza el surgimiento de estos liderazgos políticos personalistas que terminan por derrotar al bipartidismo. Cabe señalar, sin embargo, que tal proceso no corresponde a una convergencia de intereses y dinámicas políticas, sino más bien a la convergencia de diferentes hechos políticos que culminan con tal resultado y que parecen generar un impacto creciente en la capacidad de recomposición del sistema político y del sistema de partidos, al propiciar distintas tensiones y rupturas que marcan el proceso de configuración de la estructura institucional y de competencia y gestión que se deriva de la reforma política de 2003 y de los esfuerzos subsiguientes por introducir orden y claridad en el funcionamiento del sistema. Se examinan a continuación las trayectorias de los diversos liderazgos que han terminado por horadar la vigencia y posibilidades de los partidos, así como por generar las fracturas que impiden consolidar el sistema. En este primer ejercicio de recuento, es factible anticipar que hay regularidades y diferencias que ameritan un esfuerzo posterior que conduzca hacia una tipología. Por el momento, se acude a la descripción de tales trayectorias como fórmula para ir delimitando el ámbito problemático.

Hacia una tipología del transfuguismo: 1. El tráfuga caudillo

⁵ Sobre las elecciones de 2002 y en particular las presidenciales véase Gary Hoskin, Rodolfo Masías y Miguel García, *Colombia 2002: elecciones, comportamiento electoral y democracia*, Bogotá, Uniandes-Fundación Konrad Adenauer-Registraduría Nacional del Estado Civil-Departamento Nacional de Planeación, 2002.

En este sentido, la gran figura encargada de dinamitar el bipartidismo desde dentro y desde fuera, sin ser nunca catalogado como outsider, independiente, antipolítico o tráfuga, ha sido el expresidente Álvaro Uribe Vélez. De hecho, en las dos contiendas presidenciales en que ganó en primera vuelta lo hizo derrotando contundentemente al candidato del Partido Liberal y con un parcial, pero al final, deteriorado apoyo del partido Conservador. Y al gobernar, si bien le dio juego al conservatismo, y atrajo por momentos a líderes liberales a su gobierno (incluso intentó nombrar al expresidente Samper como embajador en Francia), en la práctica renegó de su partido, el Liberal, del bipartidismo, en su conjunto, y con una periodicidad interesante dio vida a nuevos partidos: el de la U, con el cual triunfó en 2006 y le facilitó el triunfo a Juan Manuel Santos en 2010, y ahora con el Puro Centro Democrático. Resulta llamativo, en todo caso, que en su trayectoria y pese a no haber apoyado decididamente la reforma de 2003, se haya apoyado en ella para consolidar su desempeño político. No obstante, uno de los rasgos llamativos de su trayectoria es la de perfilarse siempre por fuera del entramado partidista, negándose sistemáticamente a pertenecer, participar, posibilitar la consolidación de tales organizaciones. Aun así, manifiesta una gran claridad sobre la necesidad de tener mayorías en los cuerpos colegiados, contar con una coalición mayoritaria y, por tanto, hacer las tareas políticas, como conseguir votos o votar las propuestas gubernamentales en las instancias colegiadas de representación. Pero para ello, el manejo no es a través de las instancias partidistas, sino en el ejercicio de su liderazgo personal, sobre los liderazgos de quienes se destacan en la arena política.

Cabe señalar que, a lo largo de su presidencia, el expresidente Uribe no hizo mención explícita de su labor contra el bipartidismo, ni de su distanciamiento claro del partido Liberal. Sin embargo, fue consistente en gobernar por encima y sin tener en cuenta los partidos tradicionales o, si fuera el caso, pasando por encima de ellos. Así, hizo posible la primera reelección y, por poco, la segunda. Visto en perspectiva, al igual que Rafael Núñez en su momento, o Rafael Reyes después, el expresidente Uribe fue un político regional de clara estirpe liberal que, sin embargo, transitó a otras posiciones en términos ideológicos y de intereses, y por su particular forma de conexión con el pueblo y de atracción de líderes políticos de todos los niveles y todas las tendencias, se constituyó en una suerte de faro político de referencia en la Colombia de comienzos del siglo XXI. Encargado de hacer efectiva la derrota del bipartidismo de manera contundente, con la reelección dejó minada también la apuesta democrática de la Constitución de 1991. Con su particular estilo de liderazgo y caudillaje, con la mezcla de estadista y politiquero, de estadista y microgerente, con la estela de acción y ruptura de las formas tradicionales y diplomáticas de desempeñarse, con los rasgos propios de un populismo de derecha, en cierta forma cercano al estilo de Fujimori, Álvaro Uribe Vélez marcó un derrotero y dejará una huella sintomática en la política colombiana. Y ese personaje de marca mayor, susceptible de ser catalogado como caudillo populista de derecha, representa también un caso emblemático de liderazgo independiente, “antipolítico” —en el sentido de hacerlo por encima y a costa, si es el caso, de los partidos- y, claro está, tráfuga. Del líder regional del liberalismo en Antioquia, hoy no queda nada. Queda sí la figura de un expresidente sin partido, que los crea, como la U, para dejarlos en manos de otros mientras se adapta y adecúa sus modos de incidencia en política.

Hasta el momento, Uribe Vélez se despojó de cualquier atadura bipartidista sin remordimiento y generó, por la contundencia de sus triunfos, un orden distinto dentro del caos, la competencia desordenada y cambiante del sistema político al terminar del siglo. Pero así mismo, y sin haberla apoyado decididamente, ha aprovechado cabalmente las reglas del nuevo sistema y los miembros de su coalición de gobierno han obtenido significativos resultados. A diferencia de los demás casos, Uribe ha sabido ganar y aprovecharse de los contextos normativos en cada caso e, incluso, los ha puesto al servicio de sus huestes, de los miembros de su coalición de gobierno. Y lo ha hecho con la total capacidad de lograrlo, salvo en los casos en que tiene que endosar su fuerza política y electoral a otros. El ejemplo más claro de esta dificultad se hizo patente en la candidatura de Peñalosa para la alcaldía de Bogotá en 2011, así como en los candidatos uribistas a diversas alcaldías y gobernaciones. Uribe es, entonces, el referente básico de algo de lo que aquí se quiere mencionar: un líder político exitoso, que viola o modifica las reglas existentes en su beneficio personal, pero que cuenta con una aceptación mediática que lo exime de caer bajo las nociones de clientelista, tráfuga, oportunista. Un líder exitoso que, no obstante su capacidad y habilidad política y electoral, es incapaz de transformar tales rasgos hacia mecanismos organizativos que le dieran mayor perdurabilidad.

Como lo señaló Weber en torno a la dominación carismática, la rutinización del carisma y su necesaria vigencia en un aparato partidista o de administración le quitan toda su potencialidad. Álvaro Uribe enfrenta esos “dilemas del alma”, pero todavía tiene un papel que terminar de jugar en la arena política colombiana. Hasta la fecha, y he allí lo paradójico, resquebrajó el bipartidismo, se adaptó exitosamente, hasta incluso manejar, las reglas de la reforma de 2003, pero por el carácter de su liderazgo caudillista, en lugar de fortalecer el sistema, permanentemente lo mina, lo desafía, lo rompe. En esas sigue y los retos del 2014 permitirán revisar el alcance y carácter definitivo de su legado.

2. La tráfuga bipartidista

Noemí Sanín, como ya se mencionó, fue un caso importante de tercería en 1998 y repitió, sin mayor éxito, en 2002. No obstante, en ese lapso Noemí Sanín tomó importante distancia de los dos partidos tradicionales, aunque había desempeñado altos cargos en gobiernos bipartidistas. No obstante, después de las escaramuzas de 1998 y 2002, retornó a los cargos de gobierno y fue embajadora por largo tiempo durante los dos períodos del expresidente Uribe. Su transfuguismo quedó definitivamente en evidencia al convertirse, por tercera vez, en precandidata presidencial, pero ahora dentro de su partido tradicional, el Conservador. En esa tercera escaramuza presidencial, Noemí triunfó en la consulta interna del partido sobre uno de los escogidos del expresidente Uribe, Andrés Felipe Arias. Sin embargo, fue derrotada en la primera vuelta confirmando la pérdida de peso electoral del partido Conservador, incluso en estas instancias.

En su caso hay un raro efecto, por los ires y venires, pero sobre todo porque cuando asume el rol de candidata resurge el espíritu combativo, no condescendiente, así vaya en contra de planteamientos y posiciones recientemente adoptadas. En su caracterización como antipolítica

transfuga habría que insistir en su origen conservador que retoma en el 2010, pero que parece no mantener en su actual condición pública. Habría que insistir, también, en su trayectoria como funcionaria de gobierno frentenacionalista, razón por la cual puede desempeñarse bien tanto en gobiernos conservadores, como en gobiernos liberales y, aún más, en gobiernos no bipartidistas como el de Álvaro Uribe Vélez. Y habría que resaltar los bandazos en sus posiciones políticas y de respaldo o rechazo a gobiernos, presidentes, candidatos. Baste con recordar su oposición denunciante y vergonzante al gobierno del expresidente Samper, del cual era embajadora. También, sus acusaciones de campaña por los supuestos nexos del candidato Uribe Vélez con el paramilitarismo, de quien sería luego embajadora y propulsora de su primera reelección. Al igual que en el gobierno de Andrés Pastrana, Noemí no ha sido funcionaria durante el gobierno de Juan Manuel Santos e, incluso, renunció recientemente a su lugar en la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores, al no recibir apoyo del presidente y su canciller en una imaginativa denuncia sobre los vínculos entre Nicaragua y una de las juezes de la Corte Internacional de la Haya, todo ello en relación con la decisión de este tribunal en torno a la delimitación de las aguas en el Mar Caribe entre Nicaragua y Colombia. Por su historial, no sería de extrañar un nuevo salto al ámbito independiente, aunque cabe preguntarse si hay espacio hoy para una figura como ella y lo que, en dado caso, podría representar. Y, precisamente por el alto grado de incertidumbre existente a la fecha, cabe decir que cualquier cosa puede suceder. No obstante, la arena política está, por esta vez, colmada de pretendientes que pueden competir por los nichos, los discursos, los intereses que en momentos anteriores representó Noemí.

Vista en perspectiva, es un ejemplo vivo y vívido de transfuguismo, en el cual, por su estilo y su carácter, se hacen evidentes las posiciones contradictorias e insostenibles bien desde fuera o desde dentro. Cabe allí preguntarse, especialmente, las razones por las cuáles el partido Conservador la acepta como su candidata única, luego de posiciones, discursos y desempeño como funcionaria pública en los cuáles, como mínimo, descalificó al bipartidismo.

3. El transfuga antipolítico (e indígena)

Dentro del conjunto de líderes políticos que se quieren reseñar, el caso de Antanas Mockus constituye el más claro ejemplo de un independiente o antipolítico que llega a la escena política y electoral desde fuera de cualquier vínculo partidista. Conocido como profesor universitario, Antanas adquiere figuración pública durante su paso como rector de la Universidad Nacional. A varios gestos simbólicos que lo acompañaron en su gestión, le siguió el gesto mayor cuando en un evento público en la sede de la Universidad Nacional de Manizales y ante los gritos de desaprobación y protesta de los estudiantes, no tuvo inconveniente en voltearse, bajarse los pantalones y mostrar sus nalgas al auditorio. Luego de ello tuvo que renunciar a la rectoría y reaparecería un par de años después con la candidatura a la alcaldía, en la cual también recurrió a gestos simbólicos como lanzarle un vaso de agua en la cara a su principal contendor, Enrique Peñalosa, durante una mesa redonda previa a las elecciones. Con el apoyo de firmas, Antanas inscribió su candidatura y venció a Peñalosa, con quien establecería luego un juego de relevos en el gobierno de la capital.

Los gestos simbólicos harían parte de la gestión de gobierno de Antanas y de, incluso, solicitudes públicas de perdón a los electores bogotanos por haber renunciado a su primera alcaldía, legitimando así su segunda candidatura al cargo. La derrota en el mecanismo de elección de candidato presidencial en 1997, a manos de Noemí Sanín, le traería un aprendizaje en relación con este tipo de decisiones y el uso de tales mecanismos. No obstante, hasta 2003 cuando culminó su segunda alcaldía, Antanas tenía algún reconocimiento fuera de Bogotá, pero en realidad era solo una figura política local, y una figura mediática y escandalosa a nivel regional y local. Hasta entonces, también, Antanas se podía catalogar como antipolítico, aunque es reconocido que para al menos la segunda campaña a la Alcaldía, fue avalado por las listas de la Alianza Social Indígena, el cual tenía el respaldo de su Personería Jurídica. En términos de uno de los discursos y posiciones más tajantes de Mockus, no deja de ser paradójico este aprovechamiento por tal vez la figura menos asimilable, por origen, características y experiencias, a un político cercano a la causa indígena.

Luego de dejar la Alcaldía en diciembre de 2003 y en consonancia con el mensaje básico de la reforma política, Antanas entendió la necesidad de crear un movimiento o partido político, como única fórmula para estar presente en la contienda electoral. Fue así como surgió Visionarios, movimiento político con figuras prominentes en lo académico y empresarial, que sería objeto de una contundente derrota en la contienda de 2006, tanto en el ámbito del Congreso, como en el de la Presidencia de la República. De hecho, la recordación de esta agrupación está atada a un conjunto de personajes con experiencia y trayectoria pública respetable que, sin embargo, andaban con unos quesos de icopor sobre sus cabezas tratando de convencer a los ciudadanos y potenciales electores que votaran por una nueva alternativa no partidista, no bipartidista, independiente.

Luego del fracaso claro de la apuesta movimientista, Antanas reaparece en la contienda electoral de 2010 formando parte del Partido Verde que, muy en el estilo colombiano, nunca tuvo un programa o interés real por el tema ambiental, fundacional en el origen de tales organizaciones partidistas en el mundo. Por el contrario, el Partido Verde, tal y como se ve aquí y más adelante, sería el lugar de convergencia de tres exalcaldes de Bogotá, destacados en su gestión, pero incapaces de pertenecer a un partido, por diversas razones. Tres exalcaldes de Bogotá a los que se sumaría un exalcalde de Medellín reconocido por su gestión en tal ciudad, en circunstancias particularmente complejas. Por cuestiones de la coyuntura, el Partido Verde daría lugar a la denominada Ola Verde y, luego de aceptar unas reglas de juego, Antanas se convertiría en el candidato presidencial por este Partido, Fajardo en el candidato a la Vicepresidencia, mientras Peñalosa y Garzón jugarían el papel de juiciosos gregarios, encargados de facilitar que el líder del Partido llegara en la mejor posición posible. La Ola Verde, reflejo de una protesta urbana de sectores medios y altos, con amplia participación de jóvenes, involucrados a través de las redes sociales, tendrían un momento de auge en que por las encuestas parecía inclusive posible un triunfo sobre Juan Manuel Santos. Las últimas semanas de campaña desinflarían tal posibilidad,

pero Antanas igual pasaría a la segunda vuelta donde fue categóricamente derrotado por el candidato del Partido de la U.

En su desenvolvimiento posterior, Antanas jugaría un papel equívoco al romper las reglas del partido y desautorizar y no apoyar la candidatura de Enrique Peñalosa para la Alcaldía de Bogotá por los Verdes, acuerdo constituido en 2010 durante la campaña presidencial, dada la invitación de Peñalosa al expresidente Uribe para hacer una campaña conjunta, hecho al que se hizo referencia arriba. Como parte de este rechazo y desautorización, Antanas simplemente inició prácticamente otra campaña en la cual finalmente entabló un acuerdo con Gina Parody, quien fue en definitiva la candidata a la Alcaldía con el apoyo aparentemente significativo de Antanas. No obstante, tanto la una como el otro e incluso Peñalosa, serían derrotados por Gustavo Petro.

Antanas, entonces, ha sido de los antipolíticos y tráfugas el más consistente en no tener nunca una coalición o alianza con uno de los partidos tradicionales o con el bipartidismo en su conjunto. No obstante, tal coherencia se ve cuestionada, junto con su discurso de cultura de la legalidad, por la utilización oportunista del aval de la Alianza Social Indígena, y por la deslealtad con su compañero de Partido Verde y el respeto a los acuerdos a que habían llegado. Es cierto que en ello influyó la participación del expresidente Uribe en la campaña de Peñalosa, pero como lo que interesa es mostrar los rasgos no partidistas, no disciplinados, absolutamente autorreferidos y autocentrados de estos líderes y tráfugas nacionales, Antanas resulta significativo por ello. Cualquier discurso en torno a la necesidad de organizar partidos y hacer una política con otros componentes y significados queda totalmente en cuestión ante los hechos relatados. El ego, los propios intereses y la incapacidad clara de respetar acuerdos y reglas, en alguien que enuncia ese discurso reiterativamente, solo deja un material rico para entender como este conjunto de líderes imposibilita, deconstruye, dinamita cualquier intento de construcción de un sistema partidista y de unos partidos que lo apalanquen bajo relaciones diferentes a las de intermediación que históricamente se han dado.

Aún más, precisamente como referentes del transfuguismo, Antanas desde su histórico antipartidismo termina por reflejar una especie bien particular del caudillo político, en una versión por fuera de las categorías tradicionales de caracterización de estos en Colombia. De los personajes que se quieren resaltar aquí, es tal vez el único que puede ponerse en una perspectiva de comparación con Álvaro Uribe Vélez y, por esa vía, con los referentes de caudillismo y populismo latinoamericano que fueron referidos. Pero aún allí, hay un conjunto de rasgos particulares que es necesario conceptualizar.

Ahora bien, el otro rasgo distintivo de Antanas es su absoluto personalismo e incapacidad de construir movimiento o partido. En consecuencia, de sus planteamientos sobre cultura de la legalidad, comportamientos ciudadanos, etc., es factible, descontando sus propias incoherencias y contradicciones, recoger un discurso y unos prácticas que pueden funcionar bien en el ámbito del ciudadano o bien en el ámbito de una política pública liderada por un gobernante y con un respaldo institucional para su implementación y seguimiento. Empero, en lo que tiene que ver con

partidos, sistemas de partidos y reglas electorales, que es lo que particularmente necesita consolidar Colombia dada el relevo del bipartidismo, no queda ninguna sugerencia, propuesta o experiencia susceptible de ser reeditada.

4. El tráfuga irracional (y un poco ingenuo)

Enrique Peñalosa tiene, entre los tráfugas, el recorrido más equívoco y más sujeto a derrotas electorales. De familia cercana al Partido Liberal, Peñalosa ha hecho su carrera política en un permanente y confuso tire y afloje con esta colectividad. De hecho, su primera participación en una contienda electoral para la Alcaldía de Bogotá fue a nombre de este partido que venía de tener un predominio en la conducción de la capital del país, con Juan Martín Caicedo y Jaime Castro quienes gobernaron entre 1991 y 1994. No obstante, en esa primera ocasión perdió con Antanas Mockus, primer antipolítico e independiente en gobernar en la capital. Para 1997, Peñalosa rompió con el partido y se presentó como candidato independiente, obteniendo el triunfo ante Carlos Moreno de Caro, otra figura que se movió por fuera de los partidos aunque tenía nexos cercanos con el partido conservador. El gobierno de Peñalosa se apoyó en figuras cercanas al liberalismo, pero sin duda dio continuidad a funcionarios y algunas políticas desarrolladas por Mockus. Desde su salida de la alcaldía, su carrera política se ha caracterizado por un conjunto de decisiones contradictorias y una mala lectura tanto de las coyunturas como de las reglas de juego. Fue así como, aun con cierta favorabilidad en las encuestas y menciones sobre sus posibilidades de ser candidato a la presidencia y estar en la baraja de candidatos a distintos ministerios en el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez, Peñalosa ha terminado por recibir estruendosas derrotas electorales y perder peso, importancia y carácter como alternativa política en todos los niveles.

En efecto, luego de un intento de retorno al partido liberal, salió abruptamente de esta colectividad denunciando maniobras políticas en la preparación y desarrollo del Congreso que sería fundamental para la definición de las listas para las elecciones de 2006 y la escogencia del candidato del partido a la presidencia. Desconociendo las nuevas reglas electorales adoptadas en 2003 y puestas a prueba en las elecciones locales de ese mismo año, se presentó como independiente en las elecciones para Congreso, obteniendo una lánguida votación que no le permitió acceder a una curul y, mucho menos, ser reconocido por la autoridad electoral. Pese a la contundencia de los resultados y a la evidencia sobre los errores cometidos, Peñalosa mantuvo su situación por fuera de los partidos y fue construyendo su posible candidatura presidencial para 2010. Coincidió, en este propósito, con tres exalcaldes, dos de Bogotá: Antanas Mockus y Luis Eduardo Garzón, y uno de Medellín: Sergio Fajardo. Y, por primera vez en su trayectoria, aceptó formar parte del Partido Verde y entró en la dinámica de esta organización, con sus decisiones y acuerdos. Los dos principales fueron la aceptación de la candidatura a la presidencia y la vicepresidencia en cabeza de Antanas Mockus y Sergio Fajardo, respectivamente; y la candidatura a la alcaldía de Bogotá en las elecciones locales de 2011 en cabeza de Enrique Peñalosa. Aun con las dificultades propias de hacer converger cuatro egos de gran peso, hasta la participación en las elecciones para Congreso y luego en las dos vueltas presidenciales, los acuerdos se respetaron y,

no sin inconvenientes, el Partido Verde obtuvo varias curules que le permitieron tener bancada minoritaria en cada una de las Cámaras y experimentar el fenómeno de la Ola Verde que se constituyó en la novedad de la elección presidencial de 2010, con un resultado en votos inferior a lo que se planteaba en las encuestas, pero en cualquier caso muy significativo para un partido recién creado.

Las dificultades surgieron después, en la discusión sobre la posición política frente al gobierno de Juan Manuel Santos y en el desarrollo de la campaña electoral para gobernaciones y alcaldías. Con relación a lo primero, por cerca de un año el Partido Verde se mantuvo por fuera del gobierno, oponiéndose en algunos temas pero, en general, apoyando varias de las propuestas, proyectos de reforma y políticas que impulsó el gobierno. Al año, uno de sus principales líderes ingresó al gobierno como Alto Consejero para el diálogo social y, con ello, solo el Polo Democrático se mantuvo por fuera de la coalición mayoritaria de Unidad Nacional con la cual ha gobernado Santos durante todo el período. La realidad es que, si bien como bancada han logrado operar en el Congreso, la forma como se ha organizado y se han tomado las decisiones ha mostrado permanentemente dificultades para hacer primar la perspectiva del partido sobre los intereses de los distintos miembros de este. Pero donde la organización hizo agua fue en el desarrollo de la campaña para alcaldías, gobernaciones, concejos, asambleas y juntas administradoras locales. Aunque se ganaron gobernaciones importantes, como la de Antioquia con Sergio Fajardo, lo sucedido en Bogotá con la candidatura de Enrique Peñalosa fue indicativo de la imposibilidad cierta por hacer primar la colectividad sobre los intereses y decisiones de cada uno de sus reconocidos miembros. Como ya se señaló antes, Peñalosa, sin el aval del partido, buscó el apoyo del expresidente Uribe, ante lo cual Antanas Mockus terminó saliéndose del partido y rompiendo los acuerdos previamente efectuados. Por si fuera poco, Sergio Fajardo como gobernador de Antioquia ha manifestado en repetidas ocasiones su desacuerdo con el Partido y ha gobernado, en la práctica, como un líder sin partido.

Lo cierto fue que la decisión de acercarse al expresidente Uribe y vincularlo a la campaña no tuvo el efecto esperado de asegurar la ventaja en las encuestas. Por el contrario, sirvió más bien para impulsar la candidatura de Gustavo Petro que, en definitiva, le permitiría triunfar con suficiente ventaja en las elecciones para la alcaldía. Peñalosa, entonces, perdió nuevamente en su aspiración a una segunda alcaldía de Bogotá y, en la práctica, se alejó de la política local y de una vinculación estable al Partido Verde que, *ad portas* del proceso electoral de 2014 muestra fisuras y fracturas que dificultan pensar en que logre mantener la votación, las curules y que supere el umbral. Aunque se habla de diversos intentos por configurar una alternativa que compita en igualdad de condiciones con el candidato del gobierno, muy posiblemente el propio presidente, y con el candidato del uribismo, el escenario es hoy incierto. Pero en el caso de Peñalosa, su actualidad y futuro político están bastante descoloridos.

La trayectoria seguida por este tráfuga y, principalmente, independiente, muestra una clara dificultad para triunfar en jornadas electorales. Salvo la que lo condujo a la alcaldía en 1997, en las demás ocasiones tanto decisiones coyunturales en entornos políticos complejos, como una

particular miopía en torno a las reglas electorales vigente, han hecho de Peñalosa un reconocido mal candidato y peor perdedor. Resulta interesante, para el análisis, su explícita búsqueda de alternativas no bipartistas pese a provenir de allí, pero sus erráticas decisiones en momentos clave. Despista, por su trayectoria, la aproximación al partido liberal y su poca confianza en sus capacidades que lo condujeron a aproximarse al expresidente Uribe cuando todo indicaba que no lo necesitaba. Ahora bien, en relación con los partidos y el sistema de partidos, Peñalosa se ha caracterizado por actuaciones, posiciones y decisiones contradictorias. Eso sí, ha hecho del descrédito de los partidos y sus integrantes, un caballito de batalla que, sin duda, hace mella en estos y juega en últimas, al igual que lo han hecho los otros tráfugas examinados, a favor del debilitamiento, cuestionamiento y crisis de los partidos y el sistema. Dicho de otra forma, no ha incluido dentro de su particular trayectoria ninguna experiencia ni tampoco ningún esfuerzo por conformar y consolidar partidos y el sistema de partidos.

5. El tráfuga tecnócrata: Juan Manuel Santos

Aunque el recuento de tráfugas puede ser más extenso con casos como el de Sergio Fajardo, Luis Eduardo Garzón, Gustavo Petro, entre los principales, vale la pena revisar como otro caso el del actual presidente, Juan Manuel Santos.

De clarísima estirpe liberal y miembro de una familia que se movió siempre entre el periodismo y la política, Juan Manuel Santos inicia su labor como servidor público en la Federación Nacional de Cafeteros. No obstante, tiene su primer cargo como funcionario público en 1991 con la creación del Ministerio de Comercio Exterior durante el gobierno del liberal César Gaviria Trujillo, período en el que también es elegido designado (es decir reemplazo del presidente en caso de ausencia definitiva, figura que luego sería sustituida por la de Vicepresidente electo), por el Congreso de la República. Se desempeña en tal cargo para luego regresar al periodismo y a la creación de la Fundación Buen Gobierno, ámbitos desde los cuáles ejercerá una opinión crítica especialmente contra el gobierno del también liberal Ernesto Samper. Aún más, se le señala como partícipe en propuestas asociadas tanto a la renuncia del presidente, como a la necesidad de avanzar en negociaciones de paz. De esta época cabe recordar que se reconocía como miembro del partido liberal y desde allí intentaba posicionarse como una figura política relevante.

Mantiene tal posición de analista y crítico en los primeros años del gobierno Pastrana, pero entra luego a formar parte de su gabinete como Ministro de Hacienda, en uno de los momentos más críticos de la economía colombiana y de la situación fiscal en la historia reciente. Luego de la derrota del partido liberal, Santos insiste en mantenerse allí, pero se hacen evidentes las distancias y desacuerdos con líneas que para entonces tienen mucho peso en el partido, como es el caso del samperismo y el serpismo

Al culminar el gobierno de Andrés Pastrana retoma su doble condición de periodista y crítico del gobierno Uribe y cabe recordar que, en momentos en que la sociedad colombiana de manera acrítica respaldaba al presidente Uribe en su primer gobierno, Santos fue una voz crítica que no dio tregua a la labor del gobierno Uribe. Por la misma época era el principal detractor de Hugo

Chávez, para entonces presidente de la República Bolivariana de Venezuela, luego de un intento de golpe de estado que finalmente fracasó. Ya en este período su situación dentro del partido liberal se hace insostenible y pretende por tanto desarrollar su carrera política desde fuera del bipartidismo, aunque allí iniciara su carrera. No obstante

Esta posición crítica frente al gobierno va a cambiar en el año 2005, cuando también hay una aproximación del pastranismo al ser nombrado el expresidente como embajador en los Estados Unidos. Acercamiento que duró únicamente hasta que le fue ofrecida la embajada de Francia al expresidente Samper y Pastrana renunció para, paulatinamente, convertirse en un opositor radical del presidente Uribe. Santos, en cambio, aprovechó ese acercamiento para entrar en las filas uribistas, aunque desde una posición propia. No se acogió a ninguna de las corrientes existentes y, por el contrario, se convirtió en el líder visible de la creación del Partido de la U, el cual sería el vehículo oficial para la reelección del presidente Uribe. A cambio de esta labor, Santos fue nombrado ministro de defensa, cargo que ocuparía durante casi tres años y al cual renunciaría para no inhabilitarse como candidato a la presidencia. A esta llegó por el Partido de la U y, aun con la claridad de solo un acuerdo de intereses compartidos, mas no de lealtades mutuas, fue el candidato escogido para dar continuidad a las políticas del presidente Uribe en sus dos gobiernos. No obstante, una vez elegido y aunque pueda mostrar la continuidad de los denominados “tres huevitos” que le dio a cuidar el expresidente Uribe, desde que fue elegido adoptó cambios importantes en las políticas, en el discurso y poco a poco fue convirtiendo a Uribe en su principal opositor. Ello, pese a conformar una gran coalición mayoritaria, la de la Unidad Nacional, que le ha permitido gobernar y pasar en el Congreso un paquete amplio y complejo de reformas y de políticas, muchas de ellas contradictorias entre sí, pero desde las cuáles ha tratado de dar un paso decisivo hacia la consideración de Colombia como un Estado que ha superado las crisis y amenazas que lo afectaron en las últimas décadas. En esta amplia coalición, están los dos partidos tradicionales y, sobre todo, el partido liberal ha vuelto a tener un reconocimiento en puestos y responsabilidades dentro del gobierno. Pero allí también está la U, Cambio Radical, el PIN y hasta el Partido Verde. En la oposición formal solo ha quedado el Polo Democrático Alternativo, mientras el uribismo ha conformado el Puro Centro Democrático.

Ahora bien, en términos de transfuguismo, Santos constituye una mezcla interesante. En sus orígenes tiene una trayectoria como la de Noemí Sanín, es decir, proviene del bipartidismo, aunque en su caso, del partido liberal, y forma parte de gobiernos de cada uno de los partidos. También, como Noemí Sanín, pasa de la oposición acusadora a Uribe Vélez, a ser el responsable del partido que más se reconoce como uribista, el de la U (de Uribe y de Unidad), funcionario de importancia dentro del gobierno, aunque de manera paradójica conserve una relativa distancia del núcleo duro del uribismo. No participa de ninguna aventura electoral previa a la de su candidatura a la presidencia en 2010, pero cabe resaltar cómo en esta no se presenta como independiente o antipolítico (que fue el caso de Noemí), sino que lo hace dentro de la estructura del nuevo sistema de partidos existente en Colombia. Y, a renglón seguido, en una tradición heredada plenamente del bipartidismo, establece una gran coalición mayoritaria en la que están los partidos, con sus líderes y bancadas. Aún más, termina nombrado a las principales figuras de estos en distintos

ministerios. Y se juega la carta de inclusión y recomposición del partido liberal, al punto que está en el radar de muchos analistas y líderes políticos el interés de Santos por afincarse en una versión renovada del partido liberal. Obviamente, se le oye decir, cada tanto, que su partido es el de la U, pero las revueltas aguas de la política partidista indican algo diferente. Al punto que a la fecha, el partido conservador se mantiene en la coalición, pero líderes importantes se han ido distanciando dada la cercanía del presidente al expresidente Samper y al partido liberal en conjunto.

Como se puede ver, los dos tráfugas presidentes han utilizado estrategias distintas para liderar su coalición mayoritaria de gobierno. Uribe con los líderes y sin los partidos, Santos con los líderes y los partidos. La actual coyuntura, que incluye la decisión de si Santos va o no a la reelección, así como los resultados de las negociaciones de paz, auguran un debate electoral complejo y lleno de incertidumbres. Santos parece perseverar en su estrategia que tendría como transfondo un fortalecimiento de la dinámica partidista y, por ende, del sistema que finalmente vaya quedando. Empero, enfrenta una trampa compleja en tanto los partidos y sus líderes con representación en el Congreso están o escindidos entre lealtades presidenciales y expresidenciales, los dilemas de superación del umbral y la inercia propia de los beneficios que se obtienen al estar en la coalición de gobierno. Y, en el mismo sentido, desde el lado de Santos el dilema está en perfilar su gobierno y su posible reelección en la dirección del reformismo o mantener una política de satisfacer intereses encontrados mientras las reformas y los procesos adquieren su señal de identidad definitiva.

3. De la hipocresía, como concepto, en el análisis político y cómo entender el nuevo escenario de la política partidista en Colombia

El examen que se ha realizado hasta aquí ofrece un panorama rico en posibilidades de análisis y complejo en su conceptualización y caracterización. Se ha querido recurrir a la noción de tráfuga, que adquirió entidad jurídica y política en las últimas reformas políticas aprobadas en Colombia, como única manera de dar cuenta de una realidad que, como se ha visto, presenta múltiples facetas. En principio, la noción parece adecuada para incluir los diversos casos que aquí se han revisado, a sabiendas de que quedan, en el nivel nacional y en niveles medios (de cuadros del transfuguismo como Juan Carlos Flórez, Héctor Riveros o Alonso Salazar), casos por reconstruir y clasificar. Como se ha visto, la noción de tráfuga, si bien cargada de un cierto dejo peyorativo y de descalificación a quien se le aplica, resulta útil para revisar casos y procesos que no alcanzan a ser caracterizados con nociones como la de antipolítica o independientes. Pero además, pone sobre la agenda de investigación una cuestión a la que se ha hecho referencia: se aplica a figuras que han gozado de un cierto tipo de blindaje mediático y de opinión, precisamente por el rol que han desempeñado y en el cual, visto con ojos partidistas, lo único que han hecho es erosionar, debilitar, deconstruir las organizaciones partidistas desde dentro y desde fuera. Así las cosas, se utiliza una noción que se mueve en el mismo terreno de quienes hablan permanentemente de clientelismo, corrupción y politiquería con un dejo moralista. En el terreno conceptual y simbólico, podríamos señalar que se igualan las cargas (las cargas de moralismo y descalificación, las cargas

de un supuesto deber ser que se aplica inconscientemente, las cargas de una mirada peyorativa sobre la actividad política).

El ejercicio artesanal de descripción de los casos indica que la noción de tráfuga como eje de la tipología puede tener sentido. Así se le ha utilizado, aunque hay conciencia de que es, apenas, una primera aproximación. No obstante, parece tener una riqueza y un sentido: permite dar cuenta de una diversidad de casos que, sin embargo, presentan éste, entre otros rasgos, en común. En la misma línea de análisis, surge otra noción como potencialmente útil, dado que está claramente presente. Esta es la noción de hipocresía.